

Cuando al través de los tiempos, luzca con imperecedero fulgor ese astro que despide suave luz en el sombrío horizonte de nuestra historia colonial, y que como el lucero vespertino, inunda el alma de plácidos ensueños y evoca en la memoria melancólicos recuerdos, se lamentará el estólido desdén con que, casi en la miseria, se dejó abandonado al primer fabulista de la América latina. ¡Coincidencia extraña! mientras que el famoso Dryden, en su senectud, y á la cabeza de los hombres de letras de Inglaterra, sólo encontró quien le diera miserable suma de libras esterlinas por sus fábulas, colección de diez mil versos; el célebre Rafael García Goyena, en Guatemala, al frente de los poetas de su tiempo, pudo apenas conseguir el auxilio que la caridad imparte al desgraciado. Causa dolor que el mérito casi nunca obtiene recompensa. Homero cantaba sus versos inmortales oprimido por el infortunio; Cervantes no recibió más que baldón é ignominia; Camoens fué presa de miseria horrible, hasta expirar en un hospital de Lisboa; y aquende el Océano, Caldas, Pombo, Plácido, sucumben en un cadalso; Mármol, Blest Gana y los dos Mattas, sufren amargas penas, impuestas por rudos opresores; Lillo, Arboleda y Ascásubi escapan casualmente del último suplicio. Al recordar todo eso, no es extraño, por más que sea lamentable, que á principios del presente siglo, se mirara con indiferencia el triste estado de inopia de un hombre de genio, honra y prez de nuestras letras.

Empero, no descorramos por más tiempo el velo del pasado, que tantas ingratitudes cubre. La losa muda del sepulcro guarde, trás agitada y mísera existencia, las cenizas venerandas del insigne literato *doctor don Rafael García Goyena*: el angel de la gloria salvó su nombre ilustre del olvido, y nosotros los guatemaltecos lo transmitiremos, con respetuoso cariño, á las futuras generaciones!

Guatemala: 15 de noviembre de 1888.

Antonio Batres Jáuregui.

EL DOCTOR DON IGNACIO GÓMEZ.

I

En ese incesante movimiento de todos los seres creados, la renovación produce la vida, que palpita al soplo del espíritu de Dios, así en el átomo que imperceptible revolotea en el éter, como en las miríadas de soles, centros de otros tantos sistemas planetarios. Todo obedece irremisiblemente á la ley de las transformaciones, desde la delicada florecilla que abre sus pétalos al beso de las auras para inclinar luego su cáliz marchito y sin perfume, hasta el hombre que, rey de la creación, levanta por instantes el cetro de su inteligencia por encima de cuanto le rodea, para cerrar pronto sus mortecinos ojos, sin brillo y sin fuego, al contacto de la descarnada mano de la muerte, que los nubla sin compasión y sin piedad. Pero las hojas secas de la flor, que arrebatan los vientos otoñales, entran de nuevo, como elementos de otros seres, en el laboratorio del mundo, mientras que su suave y delicioso aroma, elévase, como se eleva el humo del incienso en el altar, por los espacios celestes, en donde frotan del querub los armónicos acentos; y los despojos mortales del humano sér, tan pronto van á

formar parte del ave canora que trina en la ramada, como de la mariposa de aterciopeladas alas, que gira en los verjeles: nada se consume, nada se pierde. Vuelve el cuerpo del hombre á la tierra de donde se formó, y se va su espíritu por otras regiones á sumergirse en las divinas ondas del inconmensurable océano de la vida.

Todo vive de la muerte; todo vive del amor. "Cuando los capullos de un arbusto se vuelven hacia los cielos para romperse y abrirse, buscan un suspiro del aire, un ósculo del día. La palmera, desde lejos, pide á su compañero, el efluvio diluido en los aires, á cuyo contacto ha de producir los dátiles bajo las palmas, en guisa de un áureo chapitel coronado de la esbelta y geométrica columna de su tronco. Desde el microscópico insecto, hasta las carniceras águilas, que tienden sus alas sobre las nubes, todos los seres, los delicados y los fuertes, obedecen al amor, nacen del amor y en amor se consumen y mueren." (1)

Tan sólo el hombre, sin embargo, deja tras sí, al morir, una huella de sus hechos, un recuerdo de sus acciones, que con cariño recoge la historia en sus inmortales fastos para transmitirlos á los venideros tiempos.

En pos del estrépito producido por las hazañas del audaz conquistador, queda, en reguero de sangre y mar de lágrimas, luminosa estela, que hace brillar su nombre al través de las edades: el feliz inventor de procedimientos, artes ó máquinas, que arrancan á la avara naturaleza sus incontables tesoros, lega á la posteridad remembranza perpetua de su genio; el escritor afortunado, que sembró ideas, que despidió luz, que fué honra y prez de un país, deja el perfume de su alma en las hojas de los libros, y la memoria modesta, pero imperecedera, de su talento, entre sus compatriotas.

Por eso la Academia Guatemalteca recoge con aprecio los hechos de los hombres de saber, que brillaron en nuestra

[1.] Castelar.—Mujeres Célebres.

patria, y teje corona de siemprevivas á los literatos que se han distinguido entre nosotros.

Cada uno de los miembros de esa asociación ha escogido una personalidad histórica, para tributarle en este volumen el homenaje que se merece el genio. Nosotros, que ni podríamos rehusar, con vituperable indiferencia, la ofrenda de una guirnalda, siquiera fuese de pobres y modestas flores, en el panteón de los hombres de letras que han enriquecido la literatura nacional; ni podríamos dar el lleno que anheláramos al cumplimiento de un deber tan grato; vamos, en cuanto nuestras débiles fuerzas lo permitan, á bosquejar la biografía de uno de los hombres más notables de la América Central, y á exponer las riquezas de expresión y el valioso precio del fondo de sus múltiples escritos; vamos á rendir débil tributo de admiración y de afecto á los manes del jurisconsulto, diplomático, prosista y poeta Sr. D. Ignacio Gómez,

¡Lástima que, para llevar á cabo nuestro intento, no tengamos ni la pluma fácil, ni el estilo fluido, ni la imaginación brillante, ni el profundo saber de nuestro literato!

Sin el vagar que para escribir una biografía y juicio crítico se necesita, preciso será que nuestro trabajo se resienta de ligero y desaliñado. Acaso lo recto de la intención y lo laudable del propósito excusen lo defectuoso de la labor, ya que hemos elegido aquella personalidad, así por las simpatías que su talento y su saber siempre nos inspiraron, como porque nos fué dado apreciar de cerca sus relevantes méritos cuando, en asuntos del foro, tuvimos la honrosa satisfacción de trabajar con él, en los últimos años de su fatigosa carrera, y cuando, en las intimidades de la amistad, le hacíamos frecuentes consultas en materia legal, filosófica y literaria, recogiendo siempre de sus labios oportunas lecciones y muy útiles enseñanzas que, profundamente arraigadas en nuestro espíritu, nos sirven hasta hoy de guía en las variadas faenas á que la vida profesional nos somete.